

A través de un continente de historia: Brasil y la obra de Gilberto Freyre

FERNAND BRAUDEL

Resumen: Este artículo constituye un interesante examen global del conjunto de la obra del sociólogo brasileño Gilberto Freyre, tal vez el más importante del siglo XX. Adentrándose con agudo sentido crítico en el universo de sus tesis principales, va a mostrar tanto sus virtudes como sus lagunas, insistiendo en la relevancia que este trabajo tiene para la comprensión del pasado y del presente en ese semicontinente que es el Brasil contemporáneo.

Abstract: This article provides an engaging review of the work of the Brazilian sociologist Gilberto Freyre, perhaps the most important of all twentieth century sociologists. By critically exploring the universe of his main theses, the author highlights both his virtues and his weak points, emphasizing the relevance of this work to an understanding of the past and the present in the semi-continent comprising contemporary Brazil.

Palabras clave: historia crítica, paisaje social, sociología crítica, tradición de Annales

Key words: critical history, social landscape, critical sociology, annals tradition.

V ALIÓ LA PENA, QUIZÁ —aunque el retraso haya sido tan prolongado— no haber dado a conocer aquí, hace tiempo y una detrás de la otra, las importantes obras de Gilberto Freyre acerca del pasado brasileño. Este retraso nos permite presentar hoy día de un solo golpe sus libros, tan vivos, un poco densos quizá; no elaborados a la manera francesa, pero ricos en sustancia y en ideas, en suma, singularmente renovadores. Es mejor que sea así, que los presentemos uno al lado del otro; de esta manera se complementan, forman una sola y misma obra, una panorámica casi total del pasado brasileño. O, cuando menos, de ese pasado visto y juzgado en sus grandes rasgos. Tenemos, por consiguiente, una buena ocasión, hablando de sus riquezas, para recorrer un vasto horizonte de historia poco familiar para los investigadores de este lado del Atlántico: es singularmente nuestra la costumbre de descuidarlo, o, lo que viene a ser casi lo mismo, de no ocuparnos de él más que en caso necesario. Y ello a través de las viejas obras de Southey, Handelsman, Roch Pombo y, especialmente, Varnhagen: obras respetables y útiles, es cierto, pero a la manera de los clásicos, de los historiadores generales, indispensables y grises. No le cabría a uno la menor duda al leer a Freyre de que la vida pasada del país, que los otros presentan en una forma tan monótona y, para decirlo francamente, tan escolar —esta vida que ellos encuadran solamente a través del horizonte político tradicional— es la vida de un país asombroso, lleno de sabor, original, variado y vasto. Él solo,

casi un continente. Tampoco pondríamos en duda, al recorrer las páginas de Freyre, que la historia de ese país es una suma de experiencias múltiples, históricas y humanas, del mayor interés. Y justo lo que nos gustaría señalar en este ensayo es que no se trata solamente de una obra brillante: es la historia de un país que es un mundo, de un país que muchos historiadores van a descubrir (y esto no es una exageración) leyendo las páginas floridas de Gilberto Freyre. Descubrir y, por consiguiente, comprender, asimilar, enriquecerse al hacer el camino: quiero decir familiarizarse con sociedades muy diferentes, con experiencias y valores originales, importantes sobre todo para América, pero inclusive —ya regresaremos a ello— para la humanidad entera.

I

Para un viaje de este tipo ninguna guía mejor que el propio Gilberto Freyre. Con los libros de este escritor nato,¹ no estamos tratando de una obra académica del tipo de un manual o de un diccionario: en este caso una nota habría sido suficiente. No se trata, además, de un inventario minucioso, ordenado con claridad, con las notas eruditas de rigor. Estamos, por el contrario, felizmente, en presencia de un pensamiento atrevido, vivo, atento a los valores humanos, a todos los valores humanos; apasionado y combativo, por añadidura; incapaz de no retornar a sus testimonios y a sus tesis con una insistencia terca y múltiple, a veces desordenada, casi proustiana, pero a menudo irresistible. Todo es útil para el argumento de Gilberto Freyre: las pruebas sociológicas, las médicas, las filosóficas, que llevan al lector lo mismo hasta el Egipto de los faraones (II, p. 375) que al viejo Portugal, o a los Estados Unidos, al *deep South*, al que el autor se deleita en volver una y otra vez, deteniéndose largamente. A ese fervor se debe la riqueza de su pensamiento y su información. Gilberto Freyre ha leído todo acerca de su inmenso tema y está empapado de sus lecturas, las ha asimilado todas y cada una. Agreguemos que, auténtico discípulo de Franz Boas, fue formado por los métodos realistas y fructíferos de la sociología y de la antropología norteamericanas, a lo cual se suma el hecho de que tiene también, por encima de todo, el sentido de los grandes paisajes de la historia, junto a un arte exacto para situar a las masas compactas del pasado unas en relación con otras, y el gusto, finalmente, por los grandes problemas que él apunta con claridad y que intenta resolver, siempre con toda honestidad intelectual.

¹ Cinco obras en total: I. *Casa Grande y Senzala, Formação do família brasileira sob o regimen da economia patriarcal* (Mansión señorial y Casa de los Esclavos); Maia et Schmidt, Río, 1933, XLIV, 520 p., 8. Numerosos grabados en el texto y fuera del texto, con un plano desplegable. Los grabados no están numerados y, desgraciadamente, tampoco hay índices de materias y de nombres, como tampoco para las otras obras. II. *Sobrados e Mucambos. Decadencia do patriarcho rural no Brasil* (traducción libre: *Mansiones de piedra y tugurios urbanos*), Biblioteca Pedagógica Brasileira, vol. 64, Companhia Editora Nacional, São-Paulo, 1936, 450 pp. in- 15. III. *A Guia do Recife*. Guía ilustrada de Recife, edición limitada, adornada con acuarelas. IV. *O Nordeste*, Río, José Olympio, 1936. V. *Mucambos do Nordeste*, folleto. En las referencias designaremos esas obras con los siguientes números: I, II, III, IV y V.

Un último rasgo. Gilberto Freyre es sociólogo, pero también es historiador, mucho más historiador de lo que él cree, en el sentido que tiene esta palabra para un lector de los *Annales*. Gilberto Freyre es brasileño. Y lo es con lucidez, lo es con fervor. De ahí sin duda alguna la resonancia poética de su obra, y los ecos asombrosos que ella ha despertado en su país. Ahora bien, ser brasileño significa muchas cosas a la vez y además cosas muy complicadas. En principio, para un hombre de su clase, significa pertenecer a la *intelligentsia* de un país que está en la búsqueda de sí mismo, de un país que vive un afiebrado examen de sí mismo; de su esencia y de su ser, de las coordenadas exactas de su destino; de un país en el que los miles de puntos cruciales del pasado deben serle útiles para comprender el presente y, en no menor medida, para sondear el futuro. ¿Abuso de la Historia? Sí, y no. Más bien, otra utilización de la Historia, aquella en la que los hechos del pasado, traspuestos, se convierten en multitud de señales válidas para el presente y para los hombres del presente.

Brasil para sus intelectuales, y para el mismo Gilberto Freyre, es un personaje que uno encuentra en sí mismo, alrededor de sí mismo, frente a uno mismo. Un personaje que es necesario comprender de una buena vez, si quiere uno comprenderse a sí mismo. De esta manera se explica la tradición vigorosa de los “ensayistas” brasileños. Y no encuentro, al tratar de compararlos en cuanto a su talento y su pasión de análisis, más que a ese grupo también de ensayistas, que no son de Portugal, sino de la España de ayer y de hoy: un Ganivet, un Unamuno, un Ortega y Gasset; ellos también se obstinan en contarnos el olor secreto de las cosas y de los seres de sus países, sus grandes singularidades, sus originalidades irreductibles y a veces desconcertantes. “España es un ramo de rosas”, ¿no es cierto? En esa búsqueda del Brasil —esa constante preocupación del pensamiento brasileño, que es su vocación confesa esencial— Gilberto Freyre, sociólogo e historiador, participa a la vez conscientemente y por instinto. Y está inmerso también en esa corriente tan fuerte que arrastra a la literatura de su país desde el ancestral y muy célebre Euclides da Cunha, cuyo libro *Los Sertoes* inaugura esta serie, hasta ese *Retrato do Brasil*, colmado de sombras negras, de Paulo Prado, y esa conferencia de Afranio Peixoto, titulada *Dom Portugal*, que no queda fuera del tema, sino todo lo contrario. Y todavía más allá, también hasta ese elegante volumen de Buarque de Holanda, un poco corto quizá, pero con un título evocador que es *Raizes do Brasil*. De todos estos ensayistas, Gilberto Freyre me parece, si no el más brillante —todos lo son— por lo menos el más lúcido y el más rico, el más documentado en todo caso. Ensayista, sí, pero historiador por añadidura, e historiador privilegiado, lleno de recuerdos personales y de remembranzas familiares, y que se apoya fuertemente en el conocimiento de su propio Brasil: ese Brasil del nordeste madurado precozmente, el Brasil de Recife y de Olinda, el Brasil de los amos del azúcar, de las grandes familias patriarcales y patricias: los Wanderley, de origen holandés, los Albuquerque, los Souza Leao, los Cavalcanti, de origen florentino, los Carneiro de Cunha y algunos otros. Gilberto Freyre está unido por lazos de sangre a esos Wanderley quienes, a causa de su fundador nórdico, tienen todavía hoy día, con frecuencia, ojos azules y cabello rubio, y quizá también por la misma razón, la reputación proverbial de bebedores bastante libres como nos lo hace saber el propio autor (I, 229).

Él, que piensa en ellos constantemente a lo largo de sus libros, como piensa en la casa paterna, en el medio patriarcal, en los cuales ha transcurrido su infancia y una parte de su juventud. Esto es lo que da a sus explicaciones su acento tan local y su resonancia. He aquí lo que representa también, reconozcámoslo, un peligro bastante grave para el lector extranjero. Por muy objetivo que sea el pensamiento de Gilberto Freyre, está constantemente iluminado desde su interior. Se sitúa voluntariamente en el plano del recuerdo y de la confidencia. Posiblemente nos convenga no abusar demasiado del relato de sus reminiscencias, de sus confesiones, estudiadas o no, de sus vehemencias, con frecuencia justificadas: son sobre todo advertencias, llamados de atención para sus compatriotas. No son para nosotros los extranjeros, por ligados que pudiéramos estar a la vida brasileña. O para plantear de otro modo este mismo problema: ¿sería adecuado creer, acerca de Francia, todo lo que nos han dicho de ella algunos franceses inteligentes, apasionados y en ciertos momentos pesimistas?

* * *

Ésa será nuestra guía. Pero antes de perseguirla hasta el corazón del tema sería necesario, quizá, echarle un vistazo de conjunto al marco general del pasado brasileño; indicar, cuando menos, las grandes líneas; señalar también algunos libros, que sería bueno agregar a aquellos que ya hemos citado. En suma, y el lector estará quizá de acuerdo, hace falta preparar un poco el viaje. Así se comprenderá mejor, posteriormente, el aporte personal de Gilberto Freyre.

La historia "europea" de Brasil comienza en el siglo XVI. Se desglosa tradicionalmente en periodos largos: el primero es el de los llamados tiempos coloniales y va desde ese siglo XVI hasta la revolución simbólica de Ypiranga (7 de septiembre de 1822) que, al separar a Brasil de Portugal, abre, con el reinado de Pedro I (1822-1831), la época imperial (1822-1889). Este segundo periodo es, sobre todo, la minoría de edad y luego el largo reinado, desde tantos puntos de vista notable e innovador de Pedro II (1831-1889), interrumpido por la brusca y, atrevámonos a decirlo, bastante poco comprensible revolución de 1889. La cual coincide, no sin razón, con el Centenario de la Revolución francesa. El tercer y último periodo es el de la república, o mejor dicho las repúblicas sucesivas que han presidido los destinos políticos, siempre agitados, del país.

En el interior de estas divisiones consideremos otros periodos. Consideremos, sobre todo, un centenar de revoluciones, mil guerras locales y algunas guerras exteriores: en el siglo XVI contra los españoles, los franceses, los ingleses y los holandeses; en el XVII contra franceses y holandeses; en el XVII y el XVIII, contra los españoles de nuevo; en el XIX contra Portugal, de 1861 a 1863, y en los tiempos de Pedro II, contra Paraguay, y finalmente contra los alemanes de 1917 a 1918 y de 1942 a 19...?

En el trasfondo profundo de esas realidades y de esta cronología política, están los grandes movimientos de la vida económica brasileña, o —como lo ha dicho quizá por vez primera Lucio de Azevedo— los *ciclos* económicos que han ritmado por medio de

grandes ascensos y descensos la vida de un país demasiado vasto, por mucho tiempo inconsistente y que ha dependido, desde sus primeros éxitos, de una economía mundial muy exigente.

Este inmenso territorio, tan nuevo y fecundo, ha sido activamente estudiado en los últimos treinta años por los historiadores brasileños y portugueses. Un balance de primer orden, al mismo tiempo repertorio cómodo y ligero: la *Historia Económica do Brasil*, de Roberto Simonsen, resume, en dos volúmenes recientemente publicados, todo lo que es posible saber sobre estas cuestiones en el estado actual de nuestros conocimientos. Si es frecuente hablar de los tiempos coloniales, del Brasil imperial y de las repúblicas, no es menos común hoy en día referirse también a la sucesión de *ciclos* que tejen el conjunto de la historia económica de este inmenso país. El ciclo de la madera de tinte, del *pau* Brasil que dura poco; en seguida el ciclo del azúcar y de la ganadería, es decir de la conquista del interior del país, desde el siglo XVI, por el ganado europeo —bueyes, caballos, mulas, borregos, cabras—, todos ellos venidos de los mundos ibéricos y de sus islas: Madeira, el Archipiélago de Cabo Verde, las Azores que, mucho más de lo que se ha dicho hasta hoy al respecto, fueron en la ruta del Nuevo Mundo tierras de adaptación y de transición para plantas y bestias, y aun para los propios hombres: una especie de “pre-Brasiles”, si se quiere ver así. Después de lo cual vinieron el ciclo del oro y el ciclo de los diamantes, intermitentes uno y otro. Finalmente, situándose más allá del libro de Simonsen, detenido por el momento en la fecha fatídica de 1822, el ciclo del café, el del caucho, el del algodón; ¿y sería quizá preciso agregar ahora, aunque todavía no se habla de ello, los ciclos de la gran industria y de los bancos? Entendamos por *ciclos*, actividades limitadas en el tiempo y en el espacio, que nacen, se desarrollan y declinan, o que si no declinan, deben por lo menos buscar nuevos espacios en condiciones más favorables de rendimiento o de mano de obra. Es el caso, por ejemplo, hoy día, del café de São Paulo, todavía vigoroso pero en declive en las viejas zonas del Estado Meridional, y que encuentra en las tierras nuevas del interior, suelos más ricos y de mayores rendimientos que en las gloriosas *fazendas* de Ribeirão Preto y de sus alrededores. Para completar este doble cuadro —la política, la economía— añadamos los conflictos de razas en un país donde han desfilarado todos los pueblos: indios nativos, primeros conquistadores lusitanos, europeos venidos en el curso de los siglos de todas las regiones y de todas las civilizaciones del Viejo Mundo, pueblos negros importados de África en masas compactas de esclavos y, por último, colonos japoneses, éstos venidos recientemente en pequeñas cantidades con respecto a la masa del pueblo brasileño.

Una gran cantidad de problemas diversos y complejos. A propósito de cada uno de ellos, ha existido una gran tentación entre los historiadores: explicar todo lo relativo a la política a través de la economía. También ha sido grande la de reducir un pasado múltiple y variado al solo problema de las razas; e incluso, como en el caso de la obra de Manuel Bomfim, cuyos libros tienen la simplicidad pero también la fuerza de haber tomado una posición *a priori* sin abandonarla nunca después, de escoger una de esas razas (la de los indios en este caso) como la que más mérito tiene a sus ojos, y exhibirla, por sus virtudes y su abnegación, como la única o la verdadera constructora de la com-

pleja entidad brasileña. ¿Puedo decir que el primer mérito de Gilberto Freyre es justamente el de no haber aceptado las simplificaciones tan numerosas que se le ofrecían, no haber retomado las visiones vulgarizadas de una bibliografía que, nacional o extranjera, las contiene en forma tan abundante? Reacción consciente que se acompaña a veces de un toque de mal humor y de cólera, pues es una tarea difícil, cuando resulta necesaria, la de pensar de una manera diferente a la de los demás. En todo caso en su obra apasionada, nada de viejas repeticiones, nada de estrofas ya escuchadas. Esto en sí ya es mucho. Y lo que es aún mejor: no hay tampoco entusiasmos gratuitos o admiraciones predeterminadas sobre la bondad, el encanto, la abundancia material de la tierra brasileña. ¿Qué no hemos leído ya al respecto sobre este tema? En cambio, Gilberto Freyre escribe: “el Brasil de los tres siglos coloniales no tiene nada de país de jauja; ha sido una tierra de vida dura y difícil” (I, 58). Anotación exacta. Sobre este punto, como sobre otros, el autor concede a los hechos su verdad, situando los problemas *en términos sociales, en términos humanos*. Allí donde antes se decía los gobernantes, las capitánías, el azúcar, las razas, etc., Freyre ve en cambio hombres, familias, medios sociales, aristocracias, pueblos de esclavos. Con sólo este cambio de óptica el progreso ha sido ya inmenso.

Sin duda Gilberto Freyre no ha sido el único entre los historiadores de Brasil que ha puesto el acento en lo social. Y pienso por ejemplo en los muy hermosos libros de Pedro Calmon, al que debemos, especialmente, el mejor resumen coherente de historia brasileña ya traducido al español. Pienso también en ese ensayo corto, luminoso, aunque parcial, de Caio Prado, obra de juventud que debería retomar, prolongar y rebautizar, porque no es adecuado su título de *Historia Política do Brasil*. En realidad se trata en este trabajo de una interpretación de la historia social brasileña en su relación con la política. Sin embargo, para plantear los grandes problemas del pasado brasileño en términos y en ecuaciones de historia social, ninguna persona me parece que se haya aplicado con tanto cuidado respecto de lo que es real —y ninguna persona parece haber tenido más éxito—, que Gilberto Freyre. Allí está su enorme mérito.

* * *

Pero de inmediato se imponen las precisiones, pues socialmente, dentro de ese Brasil demasiado grande, heterogéneo y mal delimitado, a la vez contradictorio y coherente, dos humanidades comparten todo el tiempo el espacio y la masa viva, compartiendo también, si se quiere, el pasado: una humanidad de sedentarios vinculados a las ciudades y a los paisajes rurales bien definidos, y otra humanidad compuesta por una capa social en movimiento, de nómadas, seminómadas y semisedentarios tan diversos, que llenaría uno páginas enteras enumerando solamente sus categorías.

Verdaderos nómadas, para comenzar, en el sentido clásico de la palabra, eran esos pastores de las grandes rutas del interior, los *sertanejos* del norte que empujaban sus rebaños de bueyes a distancias que equivalen a dos o tres recorridos de Francia

entera, a través de sabanas medio desiertas: los *sertões*, favoritos de Euclides da Cunha. Condenados ellos también a errar constantemente están los *guarimpeiros*, buscadores de diamantes, o los *seringaleiros*, colectores de caucho a quienes Manaos debió su primer gran lujo de ayer y, al mismo tiempo, los buscadores de oro, todavía numerosos a finales del siglo XIX, en la antigua región de Bahía, pero arruinados sin piedad por el descubrimiento y la explotación de las minas de Transvaal. Sus bandas debieron retroceder rápidamente hacia la costa, al sur de Bahía, en ese rincón entonces casi salvaje de bosque palúdico de la zona “levantina” de Ilheos, adonde su esfuerzo, aunado al de otros, contribuyó a edificar esta “zona pionera” que hoy en día es la gran región productora de cacao. También nómadas, y nómadas por excelencia, son esos héroes de los viejos tiempos coloniales, los *bandeirantes*, provenientes de São Paulo y otros lugares, pero especialmente de São Paulo: aventureros, traficantes de esclavos indios, de perlas, de diamantes y de oro, más tarde buscadores de tierras, descubridores de las rutas profundas del continente, y que son sin duda los tipos más conocidos, los más representativos y más célebres de esta humanidad fluctuante. Los *tropeiros*, nómadas también, especialistas de los caminos, propietarios de rebaños de mulas—de esas mismas mulas que han completado la conquista del Brasil hacia mediados del siglo XVIII—, capitalistas importantes de finales de los tiempos de la Colonia y durante el Imperio, que fueron los transportistas de Brasil antes de los barcos de vapor, los ferrocarriles y los automóviles; los *mascates*, nómadas también, comerciantes ambulantes cuyo nombre evoca el Oriente árabe y que todavía hoy recorren los caminos, de casa en casa y de *fazenda* en *fazenda*.

¿Es esta toda la lista? No, pues sería necesario citar también a aquellos que más que nómadas son migrantes, a esos obreros agrícolas de Bahía, prestos al trabajo manual, que bajaban hacia el sur en el momento de los grandes trabajos agrícolas, tanto en las *fazendas* de Goyaz, “el verdadero corazón del Brasil”, como en los *cafezais* de Río, de São Paulo o de las grandes propiedades de Minas. Y los *cearenses*, siempre dispuestos a abandonar el nórdico Ceara, ya fuera hacia el territorio de Acre, ya hacia otras ciudades del Brasil donde, a la manera de los mohabitas del norte de África, se convirtieron en fabricantes de especias. Sin olvidar a los judíos, en su mayor parte sefarditas, venidos directamente de los mundos ibéricos o rodeando por Holanda, Inglaterra y Hamburgo. Éstos eran capitalistas, vendedores, revendedores, médicos, abogados, siempre listos para emigrar un buen día, llevándose sus joyas y sus lingotes de oro: algunos, desde finales del siglo XVI, huyendo desde el norte de Brasil y de los rigores del Santo Oficio para ir a participar a la segunda fundación de Buenos Aires. En suma, de un extremo a otro del pasado brasileño y aun en la situación de hoy en día es posible reconocer a esta considerable masa humana flotante y vagabunda.

Resulta curioso que Gilberto Freyre le dé poca importancia a todo este grupo de gentes “sin pueblo” y casi “sin casa”. Asombra verlo poco preocupado por las relaciones de esta humanidad con las ciudades y los pueblos estables. Pero tendría quizá interés el hecho de abordar, en el marco brasileño, el grave problema del nomadismo, tan importante para la historia de los hombres en general y que nos parece también un problema básico cuando se trata de las Américas europeas, Estados Unidos, Argentina,

Brasil y quizá todos los países en los que, frente a una población relativamente débil, se ofrece un espacio desmesuradamente grande.

Resaltemos que estos problemas Gilberto Freyre los conoce seguramente mejor que el autor de estas líneas. Pero sólo los menciona de paso (I, 39 y páginas subsecuentes) aunque muy bien, al hablarnos de ese seminomadismo que dispersa a los hombres en la superficie, pero también los reúne, los mezcla. El excelente *Mapa de los Bandeirantes Paulistas*, esbozado por Alfonso de Escragnolle Taunay —y del que ha aparecido recientemente una segunda edición— demuestra que los aventureros del sur han recorrido el Brasil entero y han ido incluso un poco más allá. Ahora bien, sin ir hasta el punto de afirmar que estos hombres de la etapa heroica, junto con los otros nómadas y seminómadas que hemos enumerado en forma incompleta hace un instante, han hecho por sí solos a ese Brasil “uno solo e inmenso”, reconozcamos sin embargo que han contribuido a ello, de todos modos, enormemente. Pero, poco atento a esos itinerantes, Gilberto Freyre no nos los presenta más que en la medida estricta en la que intervienen dentro de la vida de las ciudades, allí donde hay un contacto forzado entre los que se van y los que se quedan. Vemos así (II, 63), con respecto al siglo XIX, la descripción encantadora que hace de los *mascates*, viejos portugueses de enormes mostachos, o de los judíos de Alsacia, o de los italianos vendedores de imágenes que transportan sus mercancías a lomo de mula. Ésos son, según lo atestigua D’Assier, personajes importantes del interior del Brasil, donde se les considera y se les recibe como a verdaderos “amos”, sin comparación, dice D’Assier, además, con el “exportador”, ese comerciante ambulante de los Alpes o de los Pirineos, tan humilde que lleva a la espalda su mochila y sus mercancías.

Citemos también esas ciento y tantas imágenes asombrosas de la vida de los judíos que inspiraron a Gilberto Freyre. Pero, finalmente, no encontramos en sus libros ni al *bandeirante* ni al *tropeiro* y, si mi lectura no ha sido incorrecta (¿cómo verificarlo sin índices?), ni al boyero del interior, el *vaqueiro*, caballero pintoresco vestido de cuero, del que ya no puede uno olvidar la silueta una vez que la ha percibido en las ferias del interior de Bahía, o simplemente cuando hemos leído las páginas clásicas que Capistrano de Abreu le consagró. ¿No sería acaso necesario, sin embargo, señalar hasta qué punto el sedentarismo está preñado de peligros en Brasil, afectado por la movilidad, atraído por ella, y cuánto, en consecuencia, la sociedad más estable aparece allí a los ojos de un europeo como una sociedad muy fluida?

En realidad, si no nos equivocamos, Gilberto Freyre ha optado, y por instinto, en su cuadro general, en favor de los sedentarios, constructores de casas estables, de las iglesias, de las ciudades, criaturas absolutamente decisivas de la civilización ricamente mezclada de Brasil. A ellos dedica toda su atención y todos los tesoros de su erudición y sus conclusiones. Con toda justicia. Quizá aquí, como en el Magreb —repitémoslo para consolarnos— ¿no es el nómada siempre una pobre criatura, un constructor ciego? ¿Y la civilización de un país no es, en último análisis, más bien hija de los hombres de la tierra, de los campesinos arraigados y de las burguesías tranquilas?

Pero, y he aquí a lo que deseamos llegar, esta elección ha arrastrado a nuestro guía hacia ciertos paisajes que no forman, quizá, todo el horizonte del pasado brasileño —

aunque sean parte de su horizonte esencial— y lo ha conducido a poner el acento sobre los menos móviles de entre todos los varios pueblos brasileños, sobre los pueblos de África, que son los mejor adaptados, quizá, al suelo de los trópicos y a su clima, y por consiguiente los más adecuados para proporcionar al Brasil campesinos para una y otra región, y obreros para las ciudades. Con esto queremos decir los menos inclinados, los menos aptos para vagar de un lado a otro: ¿acaso los esclavos negros que huían no se contentaban con irse de su lugar a otro donde el amo fuera más generoso, más liberal o simplemente indiferente? Ahora bien, fuera del caso especial de los *bandeiras* o *pseudo-bandeiras*, cuando esos esclavos se van hacia el interior, conducidos igualmente por negros —sobre los cuales tendríamos un vivo interés por estar mejor informados— terminan agrupándose, como regla general, para formar esas comunidades agrarias que son los *quilombos*, esas repúblicas igualitarias de las cuales la más conocida es la de Palmarés, en la región de Bahía, aunque hubo centenares de otras parecidas a ésta, inclusive fuera del Brasil, como en el caso de Santo Domingo desde el siglo XVI. Ahora bien, Palmarés, con sus variados cultivos adaptados a los claros del bosque tropical, es un pueblo desarrollado de campesinos sedentarios. Es, por consiguiente, un encadenamiento lógico que Gilberto Freyre haya dedicado su libro a ese campesinado negro sedentario, a esos negros que siguen siendo tan diversos y tan mal juzgados por los escritores superficiales, incapaces de distinguirlos y de comprenderlos; él les concede el primer lugar en la esforzada construcción de Brasil, en donde ellos han hecho mucho más que los indios y tanto o más que los propios portugueses. Al mismo tiempo, Freyre otorga también un gran papel a los mestizos de fines del Imperio, a los mejores de entre ese grupo de hombres de sangre mezclada, que son abogados, médicos, políticos y a veces escritores de talento. De esta manera, la obra de Gilberto Freyre, vista en su conjunto y en cuanto a sus perspectivas más profundas, es un clamor en favor de los enraizados, de los estables. Nada más convincente que estos libros del escritor Gilberto Freyre y, sobre todo, nada más asombroso, más contagioso que sus ideas y sus arrebatos de inteligencia: es probable, casi seguro, que nosotros, los que somos extraños a este debate, no lo hayamos leído impunemente ni lo hayamos seguido por tanto tiempo, paso a paso, sin que, gracias a él, esos grupos humanos del Brasil, obreros pacientes, no se nos hayan vuelto un poco familiares y más queridos. Pero al final de las páginas densas y de las argumentaciones repetidas, más allá de unas y otras, escapando a la vigilancia misma del autor, ¿no hay, a pesar de todo, una visión simplificadora de la aventura histórica brasileña? ¿Y ella, como una visión presupuesta, en cierto modo una visión *a priori*? Por rico que fuera, y sin duda lo es, el Brasil de Gilberto Freyre es solamente una parte del verdadero país.

II

Ese Brasil estable se comprende bien en Recife. Es desde allí de donde es preciso partir en nuestro viaje. Primera precaución: visitar la ciudad a placer, comer en los

mejores restaurantes los platillos ponderados por Freyre, meditar a lo largo de la Rua Imperial y sus viejas mansiones del siglo pasado —esos altos *sobrados*, que son habitaciones urbanas de los grandes propietarios de los tiempos del Imperio—, saborear el encanto veneciano y holandés de la ciudad; leer y releer, sobre todo si se está alojado demasiado lejos, la espléndida *Guía do Recife*, desgraciadamente más difícil de obtener que la guía Baedeker, que el viajero menos interesado en el pasado consigue y lleva consigo desde que sale de Francia o de Italia. Hechas las visitas y lecturas, cerradas las maletas, partir a los alrededores con el propósito de poner atención a las viviendas, a las chozas y a los tugurios, esos “nidos de hombres” que son los *mucambos* de los pobres: conjuntos de construcciones destartalladas y parecidas —a pesar de la diferencia de materiales y de su mejor presentación— a los *bidonvilles* o barrios de chozas de nuestro Marruecos, con sus techos de paja, sus muros de tierra seca y adobe, recubiertos de *sapé* y de *capim*, sus estructuras frágiles de madera y a veces, de hojas de zinc, mejor adaptadas como lugares para vivir a las exigencias de los trópicos, que los imponentes edificios de la Rua Imperial, según nos dice Gilberto Freyre. Pero no descuidemos, esta vez muy lejos de la ciudad, las viejas mansiones señoriales aisladas en el campo, las *Casas Grandes*, que son enormes edificios con grandes muros de ladrillo o de piedra, con grandes salas decoradas, durante su esplendor, de *azulejos* y revestimientos de ébano, más vastas, sin embargo, que bien amuebladas. La mayor parte están en ruinas, pero algunas han sido conservadas y sobreviven frente a nosotros. Magahype, Anjos, Norvega, Monjope, Gaipio, Morenos, lugares en donde el portugués ha puesto su pie lento y pesado de campesino, su “pie de madera”, y en donde aún se encuentra el trazo inmovible de la era colonial. Y esas antiguas mansiones son el documento más evocador, el más lleno de sentido de esa época, el único del que no habíamos leído antes nada y que no había sido utilizado antes de Gilberto Freyre. Él sabe sacar de ahí, como de una cajita mágica, millares de recuerdos precisos, miles de imágenes coloridas; todo lo que hay de esencial en la imagen profunda de Brasil, todo lo que él mismo ha aprendido en ese libro de historia que constituye esa vieja “villa” o mansión rica en civilización. Una mansión que tiene tradiciones, una cocina y una cortesía admirables, hechas para recordarnos, en ese Brasil exquisito del norte, las dulzuras inefables de los europeos plantados sobre los trópicos.

Una ciudad que diríamos es antigua, respecto de los patrones de longevidad de las ciudades de América, pero también una gran ciudad. Desde el siglo XVI, y como resultado de la precoz y súbita fortuna que provino del azúcar, es posible preguntarnos: ¿habrá sido ésta, acaso, la ciudad más poblada del Nuevo Mundo? Pero a su alrededor, dándole sentido y vida como a la planta más vigorosa del jardín, vemos toda una gran región rebosante de humanidad: ese *nordeste* que es tan hermoso paisaje para un historiador. Expliquémonos: no el nordeste de las tierras secas, de la vida de pastores, de las hambrunas, vida de la cual tenemos una imagen dramática en algunas novelas realistas brasileñas o en las notas de viaje de Von Martius, y todavía más de Reclus; sino en la parte sur de esas tierras inhumanas y duras, en esa franja de tierras detrás de Recife y frente al océano, la región de la tierra buena o *massape* siempre húmeda, con sus ár-

boles vigorosos, ayer superabundantes, con su ganado rollizo y sus hombres robustos, “un poco a la Sancho Panza”, región que se nutre de dulces, de *feijao*, de pescado frito, de salsas grasosas y llenas de pimienta, de *aguardente*, región cuyos hombres son llevados también a la obesidad por las siestas, por la despreocupación, lo mismo que por las enfermedades cómplices de este tipo de alimentación. En ese país de colinas suaves, es necesario imaginar, desde el siglo XVI, la presencia avasalladora de la caña de azúcar, que no deja espacio para los cultivos y las huertas. Para ella son las tierras y los ríos que mueven las ruedas de los *engenhos de assucar*, de los molinos de azúcar; para ella los bosques a los que se quema para dejarle lugar y también para tener el combustible con el que se cuece el azúcar; para ella, finalmente, el trabajo múltiple, tanto de los animales, de los bueyes, como de los esclavos negros. Pues sin ellos, como sucede en Madeira, ¿quién llevaría a cabo la tarea extenuante de los *canavais*, el trabajo de cortar la caña, acarrearla, triturarla, refinarla y después transportar el azúcar refinada y las otras azúcares semirrefinadas?

Nunca nos había sido mostrado, como estos libros lo saben hacer, lo que ha significado la civilización, o si se quiere, el ciclo del azúcar, logrado con el sufrimiento y la esclavitud de los hombres, pero también lo que el azúcar ha sabido crear social y humanamente. Y no se trata del lujo, de ese oropel, que notan los viajeros apresurados, sino de lo que Freyre llama el “triángulo colonial”, esta primera geometría viva del Brasil rural del norte. Pues sobre esta civilización del azúcar se ha dado ciertamente la implantación del capitalismo europeo, del capitalismo de Flandes y de Holanda; capitalismo, en parte, de “marranos” y de nuevos cristianos. Por nuestra parte, conservamos el recuerdo de la isla meridional de São Vicente, cerca de Santos y muy lejos, por consiguiente, de nuestro nordeste, isla en donde existía un *engenho* que era propiedad de la firma Schetz. Sabemos también que el nordeste y Recife fueron recuperados e impulsados en su desarrollo por la dominación holandesa y, podemos afirmarlo, por el genio lúcido de Maurice de Nassau. Para estos temas se dispone de un libro clásico, el de Watien. Esas realidades, y algunas otras, son el lado europeo del ciclo del azúcar.

Y justamente, el “triángulo colonial” de Gilberto Freyre antes referido representa aquí el lado brasileño de ese ciclo del azúcar, lado que es importante de otra manera. La zona del azúcar es un mosaico de grandes propiedades, no siempre yuxtapuestas. En el centro de esos señoríos del azúcar se eleva la *Casa Grande*, construcción que en el caso de las más antiguas estaba cubierta de paja, pero que muy pronto cambió para pasar a ser construida con materiales nobles. Allí vive y reina el *senhor del engenho*, rodeado de su familia y de sus esclavos. Estos últimos habitan en sus chozas, las llamadas *senzalas*, adheridas a los muros de la casa del amo, o bien ubicadas en lugares vecinos, un poco según el modelo de los *mucambos* de hoy en día. La *Casa Grande* es una de las puntas del triángulo. Las otras dos son el *engenho de assucar*, movido por los bueyes o por el agua de los ríos, y la capilla señorial, a veces construida dentro de la mansión, a veces alejada de ella. Ése es el paisaje arquitectónico que se formó alrededor de la familia colonial, el complejo sistema del patriarcado brasileño, la primera civilización, de la cual, aún hoy en día, todo sigue impregnado en la sociedad brasileña.

Este señorío, y estoy empleando a propósito esta palabra inadecuada, pero descriptiva, vive de sí mismo. La anécdota de ese obispo español, el obispo de Tucumán, de que no encontraba, en el Brasil colonial, comodidad alguna, ni de habitación, ni de víveres, fuera de las *Casas Grandes*, es —desde este punto de vista— característica. La *Casa Grande* está rodeada de elementos hostiles: en torno a ella encontramos las hostilidades de los indios, la de los *quilombos*, la de los ladrones de la costa, ingleses, holandeses o franceses, casi siempre protestantes, y cuya irrupción detiene desde lejos el giro de los molinos de azúcar. Pues frente a estos peligros, ¿acaso no es necesario poner en pie de guerra tanto a amos como a esclavos? La *Casa Grande* tuvo después, contra el indio hostil, sus propios indios fieles, los llamados *Indios de Arcos*, y tuvo rápidamente también, con sus negros, buenos soldados prestos para seguir al amo y morir por él, no solamente en la guerra contra los herejes, contra los indios o contra los *quilombos*, sino también en las querellas y las *vendettas* entre las grandes familias. Desde el siglo XVIII, bastante antes quizá, se forma un verdadero tipo social de esclavos y de hombres fieles que son parte de la guardia personal del “señor del ingenio”, y que estarán entonces siempre mezclados a sus asuntos personales y a sus luchas políticas.

* * *

Pero no es sobre ese lado militar, externo, de la *Casa Grande*—señalado, por otra parte, con exactitud— ni es en absoluto sobre su significado de unidad económica, unidad que se basta a sí misma, pues es también hospital y banco, sobre lo que insistirá Gilberto Freyre. Su curiosidad se dirige más bien hacia la vida interior de ese oasis, hacia su compleja sociedad, concentrándose sobre todo en ese tipo de hombre que es el *senhor del engenho*, personaje de quien todo depende y en el que todo desemboca.

El *senhor* es un amo a la antigua. Tiene derecho de vida y muerte sobre sus esclavos y sobre toda su vasta familia, su esposa, sus hijas y aun sus hijos. La historia anecdótica de las familias está llena de rasgos sangrientos de esta justicia paterna. Es a la sombra de esa autoridad como uno se imagina la vida asfixiante de las mujeres, la más sombría dentro de la mansión. En la misma forma se imagina uno, también, en qué cosa puede llegar a convertirse el catolicismo dentro de una organización en la que la capilla es una dependencia de la casa y de la familia, y en donde los muertos, enterrados en el suelo mismo de esta capilla, envuelven a los vivos con sus sombras insistentes: el cristianismo ha sido deformado, nos dice el autor, por el culto a los muertos “domésticos” que recuerda al de los griegos y al de los romanos (I, XXIII). De la *Casa Grande* a las *senzalas* de los negros, el camino es tan breve que el Señor y Amo agrega a sus hijos legítimos, blancos por lo general, un grupo numeroso de hijos bastardos que, por fuerza, son menos blancos. Además, bastardos e hijos legítimos se educan juntos en la forma más natural del mundo, dentro de la vasta propiedad sobrepoblada de mujeres, esclavos y nodrizas negras. Creo estar en lo correcto al afirmar que esa promiscuidad sexual, esa poligamia, que es un rasgo de toda la historia colonial americana, contribuyó, como lo

dice Gilberto Freyre, a suavizar el conflicto inevitable de la *senzala* con la *Casa Grande*, a “democratizar” las costumbres y a crear, en esta ocasión sin discusión posible, una raza mestiza cuya multiplicación debía fructificar enormemente. Pero no podemos, en unas cuantas líneas, reproducir esta atmósfera de la *Casa Grande* que el autor, con múltiples toques, ha sabido entregarnos de manera tan viva y obsesiva. Porque si con frecuencia perdemos de vista, al filo de la lectura, sus espesos muros, sus estrechas ventanas, que no dejan filtrar más que una mínima parte del calor sofocante del exterior; porque si Gilberto Freyre nos conduce a veces lejos de ella al finalizar sus planteamientos y sus conclusiones, nos trae allí de nuevo y rápidamente, con una palabra, con una nota elaborada al pasar, a propósito de un recuerdo, de un proverbio, de las canciones de las nodrizas negras, de cuentos, de bailes o de confituras refinadas, orgullo y secreto guardado celosamente en las mansiones del azúcar.

Esos detalles sabrosos son imposibles de relatar y todavía más de resumir. La idea a retener, si no acentúo demasiado el pensamiento del autor, es que cada vez que una nueva civilización, verdaderamente coherente, se desarrolló en Brasil —y sobre todo cuando se trata de una civilización rural, y más aún cuando es el caso de aquellas que se instalan sobre nuevas tierras obtenidas a costa de los antiguos bosques quemados—, vemos aparecer a esa nueva civilización siempre bajo el esquema regular de la reproducción del paisaje y del sistema más o menos idénticos a los del nordeste, y según las reglas de la *Casa Grande*. Y así sucedió inclusive con la más reciente, con la del café. Ése fue el caso del valle de Parahyba, sobre el eje Río-São Paulo, poco utilizado hasta entonces,² y que era un valle poblado, todavía hacia 1850, por fajas de bosque, al abrigo de las cuales los indios continuaban llevando una vida independiente y miserable. En esta fecha llegaron de Minas, de Río y también de São Paulo, los pioneros con sus grupos de esclavos, para establecer los *cafezais*, quemando el bosque y cazando a los indios que huían rápidamente. Ahora bien, ¿acaso el señorío del café (I, XXXIX), la *fazenda* paulista por excelencia, no fue construida siguiendo el modelo de la *Casa Grande*? Al centro la mansión del amo, con sus balcones de madera, sus múltiples habitaciones, sus vastas salas, y cerca de ella las casas de los esclavos, suerte de cubos de ladrillo, que son las habitaciones, hoy en día, de los “colonos” venidos de Europa y, finalmente, la capilla construida con frecuencia sobre la colina cercana a la mansión principal, colina situada más abajo, cerca del *terreiro*, en donde se secaba el café.

Allí están los viajeros extranjeros para contarnos el atractivo de esas *fazendas* acogedoras, patriarcales. Y puesto que son más recientes que las *Casas Grandes* del norte, son también más accesibles a nuestras curiosidades. Es imaginable, en suma, el partido que puede sacar un sociólogo hábil, un escritor convincente, de esas coincidencias que refuerzan y amplían sus tesis. Lo que Recife le ha enseñado a Freyre es mucho

² Frente a este eje, se prefería más bien la ruta del litoral. Esta vía costera, con el continuo cabotaje de sus veleros, ha contribuido también, aunque esto se mencione poco, a la unidad brasileña, al acuerdo entre sus ciudades marítimas, para hablar como Gilberto Freyre.

más que la propia historia colonial de Recife: es la del Brasil entero. Pues la civilización de la *Casa Grande* es la piedra de toque sobre la cual ha sido construido Brasil. Y el extremo sur, en el *Río Grande* de los ganaderos, o bien el interior, como por ejemplo la asombrosa región de Minas Gerais, aportaría con seguridad las mismas pruebas sobre esas realidades omnipresentes y repetidas de una primera edad que fue uniformemente señorial.

* * *

En los tiempos de las primeras *Casas Grandes*, las ahora ciudades de Brasil eran pequeñas poblaciones, con la sola excepción de Bahía y de Recife, siendo más bien pequeñas villas inmersas, sumergidas en una vida rural: verdaderas aldeas, aun en el caso de las más grandes. Sus gobiernos, sus *cámaras municipais*, dependían de los propietarios, de los *homens bons*, tan independientes del rey de Portugal como si este último no reinara: ¡estaba tan lejos! Esas ciudades en la infancia, sin servicios públicos ni tiendas ni calles pavimentadas, no se animaban más que durante los días de fiestas religiosas, cuando acudía la gente del interior; en ocasión de una boda, de un baile, de una representación teatral, lo cual significaba mucho ruido de caballos, polvo, danzas y música. Al día siguiente el silencio y el vacío volvían por sus fueros. Poco a poco, sin embargo, esas poblaciones iban a crecer: unas precozmente, como Recife, en la época de los holandeses, “no tempo dos framengos”, o como la Bahía oficial, devota del rey y de la Iglesia; las otras mucho más tarde: las de Minas Gerais crecieron en el siglo XVIII, como verdaderas *boom cities*; después vendrían Río y finalmente São Paulo. En general, es en el siglo XVIII cuando se desata el movimiento urbano que va a introducir progresivamente una ruptura de los antiguos marcos, de las costumbres consagradas y de los equilibrios adquiridos, ruptura que va a poner fin, más o menos pronto y según los distintos casos, a la civilización colonial de esencia rural. Atraídos por la ciudad, por su vida más agradable, por sus fiestas, por sus iglesias, como las de Bahía, que son de una riqueza extrema, los mundos de las *Casas Grandes* se alteran y sus ocupantes emigran hacia las ciudades. La emigración, por otra parte, es lenta, llena de retornos y arrepentimientos y no siempre definitiva desde el primer momento. Gilberto Freyre nos muestra, en los suburbios de Río, en tiempos del Imperio, y en los alrededores de São Paulo hacia la misma época, lo que podríamos llamar granjas semirurales y semiurbanas, mansiones del mismo estilo que la *Casa Grande*, pero proporcionalmente reducidas, de un solo piso. En torno a ellas campos, huertas, árboles de naranjas y de mangos, en los alrededores de Río, mientras que, en los alrededores de São Paulo, el árbol de mango cede su lugar al árbol paulista por excelencia, el *jabuticabeiro*. Esas granjas, esas *chacaras*, forman una especie de tejido preurbano con extensas redes, en donde cada quien vive en su dominio, y no sale de él con toda su escolta de esclavos más que para ir a misa y a las grandes fiestas de la iglesia o de la ciudad.

Pero la vida rural y señorial se insinuía mucho antes y en el propio corazón de las ciudades y de las residencias urbanas de avanzada con los *sobrados*, a los cuales Gilberto

Freyre ha consagrado, en mi criterio, el mejor de sus libros. En Río han sido edificados con gruesas losas de piedra y, al igual que en el norte, sin usar para nada el vidrio, conocido no obstante en los casos de São Paulo y de Minas. En Bahía, en donde el espacio abunda, el *sobrado* está rodeado de una gran posesión agrícola, en la cual vive un pueblo de amos y esclavos. Un muro rodea los jardines, las huertas, los campos y la mansión misma. En el interior se levanta el *sobrado*, de uno o dos pisos, y cerca de él las *senzalas* de los esclavos, las cocheras de los automóviles, los establos, los corrales y los viveros de peces. Hay siempre un pozo, cuya agua se vende a los pobres del barrio. En Recife, donde falta espacio, los *sobrados* tienen hasta cuatro y cinco pisos. Son mansiones estrechas, colocadas en las alturas, y con frecuencia las cocinas y las habitaciones de los esclavos se encuentran en el último piso. A pesar de sus diferencias, esas importantes construcciones son sólo casas urbanas de señores terratenientes, u orgullo también de burgueses enriquecidos, y casi siempre poseyendo un mismo tipo arquitectónico. Los muros son desmesuradamente espesos, las habitaciones mal ventiladas, medio oscuras, húmedas, insalubres, y sobre todo, sin alegría. La gran *sala de visitas* se anima sólo de vez en cuando, y la existencia de las mujeres allí es como la de unas reclusas. La vida de la servidumbre, por el contrario, encuentra allí una animación enorme y, literalmente, hierve. Para el servicio y el arreglo de esas vastas habitaciones, para acarrear la carga a lo largo de las veredas hacia las alturas que conectan Recife con los colegios de los jesuitas, situados sobre las colinas, es necesario que una mano de obra servil sufra y se ataree. Y como es más bien lenta y despreocupada, es indispensable que sea numerosa.

Generalmente el *sobrado*, mansión de ricos, ocupa las alturas ventiladas de las ciudades en construcción. El centro de la ciudad, en la parte baja, está lleno de baches y de aguas sucias y es abandonado a los pobres, a los negros medio libres y a los mestizos que se alimentan de bacalao europeo y de carne secada al sol, proveniente ya sea de Argentina o de Rio Grande do Sul. Así, en los bajos fondos insalubres, se desarrollan a veces, con grandes refuerzos de troncos, los *mucambos* plebeyos, y cada adelanto en el drenaje echa un poco más lejos a esas aldeas primitivas, automáticamente remplazadas por construcciones de piedra.

* * *

Es desde esta mansión de dos pisos, el *sobrado*, desde donde será gobernado el nuevo Brasil, el del Imperio, que es un Brasil afiebrado, inseguro de sí mismo, desordenado, desconcertado por el aflujo masivo de las técnicas y las modas europeas, en suma un Brasil aturdido. Antaño el Brasil se comunicaba mal con el mundo a través de la mediación única y exclusiva de Portugal, que controlaba en su favor este mismo aislamiento. Pero desde 1808 y todavía más desde 1822, para gran fortuna del comercio inglés y francés, Brasil se abre a Europa igual que lo hace el resto del continente americano. Y entonces Europa lo explota, lo estafa, lo deforma y lo educa, modelándolo con rudeza. Revolución inconsciente, pero que tuvo, sin duda, más consecuencias to-

avía que la revolución política y social de 1889. ¿Dónde entender mejor los tiempos agitados del Imperio que en los *sobrados*? Allí se rompe, o busca romperse, en el espectáculo de la calle y de la ciudad, el mundo cerrado y equilibrado de la *Casa Grande*. Y es así como se explica la disolución rápida del “patriarcado” de otros tiempos. La mujer se libera un poco (II, 157) y la vida mundana comienza. El hijo escapa al *pater familias*. ¿Acaso no es el Imperio la época en que simultáneamente con esta crisis doméstica mencionada y con ese momento en que Clark el escocés establece su primera fábrica de zapatos en Río, en la calle Ouvidor (II, 331), se dan los tiempos en que el pan comienza a conquistar a Brasil, igual que lo hacen las vías férreas, y otras mil novedades más, como la introducción del jardín inglés, del chalet, lo mismo que de la cerveza, de los dientes postizos, de los productos farmacéuticos, de esa innovación tardía de los vestidos de gasa blanca, pero también de las ideologías románticas, de las literaturas extranjeras y de las sociedades secretas? Es la época de los hijos pródigos, de los sabios precoces, de “los bachilleres”, de los doctores formados en las universidades europeas, que entonces viven su Edad de Oro, pues son ellos los que van a gobernar al país, los que van a abrirlo a la Ilustración, y el emperador don Pedro, emperador de 15 años de edad, es uno de los suyos, su aliado natural contra los viejos y el pasado, en un conflicto de generaciones que es el de todos los tiempos, pero que hasta entonces, en Brasil, no había tenido tal trascendencia.

Más allá de estas innovaciones hay, por consiguiente, un drama social profundo: el malestar creciente de los propietarios rurales, sus conflictos con la ciudad y con aquellos que ocupan en renta sus *sobrados*, y que son los comerciantes y usureros portugueses enriquecidos por el tráfico de esclavos, los coleccionistas de plata de Lisboa. De ahí los conflictos, a menudo sangrientos, pues la defensa del *senhor del engenho* se acompaña muchas veces de trampas y aún más frecuentemente de violencia. Los *cabras* nos traen a la memoria a los bandidos de la Italia meridional, de Cataluña o de Aragón en el siglo XVI, siempre ligados a los señores, amos de campesinos y productores de trigo, a quienes la crisis de los precios alcanzó, por entonces, con suma crueldad. Lástima que Gilberto Freyre no haya llevado su estudio, en ese aspecto, hasta el terreno sólido de la economía. Lástima que tampoco nos haya hablado con más detalle de los *mucambos* del Imperio. Pero lo esencial del problema está tratado con mano maestra. Al mismo tiempo que los *sobrados*, se organiza poco a poco, en las ciudades y fuera de ellas, una nueva especie de colonias de negros libres, casi *quilombos* urbanos, pero esta vez pacíficos. Todo el mundo viene a la ciudad, tanto el rico como el pobre. Y si comprendo bien, esa ruptura importante del equilibrio *Casa Grande-senzala*, va a plantear bruscamente y de un solo golpe el problema social, que hasta entonces había sido reprimido y diferido por ese equilibrio, inaugurando el conflicto entre los dueños y los proletarios, reconocible desde entonces a través de los periódicos, en esas pintorescas secciones que Gilberto Freyre explotó cuidadosamente.

III

Por imperfecto que resulte el resumen precedente, nadie se equivocará sobre la calidad de una obra valiosa tanto por sus líneas de conjunto como por sus detalles abundantes y sabrosos, tan sabrosos que no siempre permiten al lector desprenderse de las explicaciones del autor. Y, sin embargo, es preciso cerrar esos libros para verlos desde fuera y señalar, si es posible, sus alcances y sus límites, es decir, las reacciones que suscitan en nosotros. Y lo que nos aporta Gilberto Freyre es inmenso y único. Pero su relato nos deja en la víspera de la revolución de 1889. ¿Cómo nos relatará, si persevera en su empresa —lo cual esperamos vivamente—, la gran historia oscura pero capital, a mi parecer, de la república? Ese medio siglo de historia reciente es el más rico en experiencias vitales e indudablemente el más difícil de todo el pasado nacional; en todo caso, el más revelador, por el número de experiencias que incluye y, además, experiencias que se han desplegado en todos los terrenos: los del pensamiento, los de la economía y los de la política. ¿Vamos a encontrar, después de estos libros que tienen títulos paralelos y simétricos como *Casa Grande e Senzala*, y luego *Sobrados e Mucambos*, otro con el título de *Buildings et Maisons à bon marché* (Edificios modernos y casas baratas)? Bromeo sin duda, pensando seguramente que, a pesar de todo esos *buildings*— signo candente de la intervención norteamericana, del advenimiento de las grandes ciudades, de las sociedades anónimas y de los bancos— son también testimonios y documentos de historia. Sin embargo, y apenas esbozada la idea, ¿podemos escapar al sentimiento de que al actuar así se mutila ese pasado reciente? Por muy revelador que sea, un signo arquitectónico no es más que un elemento de un conjunto, una parte de un todo; y esto es, ciertamente, válido también para todos esos viejos signos arquitectónicos tan caros a nuestro autor. Constantemente, y quizá ya lo he dejado adivinar en las páginas precedentes, yo veo el pasado brasileño más complicado, más diverso aún de lo que Gilberto Freyre nos lo hace suponer.

Retomemos ese hermoso libro titulado *El Nordeste*. Más allá del triángulo colonial que dibuja con tanta precisión, ¿no hay otras realidades? Antonil, cuyos testimonios sobre el norte azucarero del siglo XVIII son tan importantes, nos introduciría la duda: ¿acaso no señala, un poco fuera del triángulo, a los pequeños y medianos propietarios que hacen triturar sus cosechas en los molinos señoriales? Sobre todo, aparte de la caña de azúcar omnipresente hay, con todas sus consecuencias, el azúcar o más bien los azúcares, aquellos que se transportan, se almacenan y se venden a tal y tal otro precio, a un comerciante, portugués o no, de Recife o de cualquier otra parte azúcares que partirán para Lisboa o Amberes, Londres o Amsterdam, dominando frecuentemente estos últimos destinos a los primeros. Es preciso, entonces, hacerle un lugar, en la civilización del azúcar, al comerciante de Recife, prestamista y usurero, ligado igualmente al comercio de los esclavos africanos, y darle también su lugar a las ciudades, considerándolas no a través de una calle o de un *sobrado*, o nada más a través de sus *mucambos*, que sólo son fragmentos de esas mismas ciudades, sino más bien en sus realidades colectivas.

Pues es una paradoja no encontrar en ese libro de *El Nordeste* a Recife misma, lo que equivale a hablar del jardín sin hablar de la planta que es su mayor ornamento, y no encontrar allí tampoco a Bahía, ciudad también del nordeste que, además, tampoco encontramos, salvo a través de breves indicaciones, en las otras obras del autor; Bahía la oficial, la devota de la Iglesia, la sumisa al rey, con sus mundos de funcionarios y de dignatarios eclesiásticos, o con sus comerciantes de la parte baja de la ciudad. Ni tampoco encontramos a ese asombroso “Mediterráneo” que el océano forma detrás de las islas de Bahía, surcado todavía hoy en día por veleros de carga, frecuentados desde el siglo XVIII por los arponeros de ballenas de Bizcaya, de donde proviene una industria rústica del aceite de pescado, todavía viva en la isla de Itaparica, en tiempos de Von Martius. Esa industria alimentó, por mucho tiempo, la iluminación de la ciudad y aun su comercio de exportación. ¿Fue quizá en ese Mediterráneo de tiempos del conde de Arcos, donde apareció el primer barco de vapor del Brasil? Bahía también hizo a Brasil. Olvidarlo es olvidar el gobierno, la justicia, las órdenes monásticas, entonces en proceso de expansión. ¿Por qué esta exclusión? ¿Y por qué esa otra exclusión de las primeras ciudades del Brasil, las ciudades que estaban en su infancia, y de las que Tocqueville habría dicho que se trataba de las “comunidades” brasileñas? Como las de América del Norte, ellas fueron seguramente las que crearon el espíritu democrático y la necesidad de *selfgovernment* que yace en el fondo de la vida política brasileña.

Yo lo entiendo: Gilberto Freyre tiene sus propias preocupaciones, que no son las nuestras. He aquí por qué es injusto, hasta cierto punto, reprocharle que no vea el pasado de modo un poco más complicado, que cree jerarquías un poco rígidas, que acepte exclusiones y, a veces, que generalice demasiado. En el mismo sentido, yo le reprocharía, con gusto además, que no distinga bien las épocas y las etapas de un país inmenso y diversamente trabajado por la historia. Las densidades variables del tiempo y los aluviones que les corresponden tienen una importancia decisiva en tierra brasileña, donde las diferencias regionales significan, con frecuencia, diferencias brutales de civilización. Esa *chacara* paulista a la que entramos siguiendo al autor (II), ¿de qué época es, exactamente? Y ese Félix Cavalcanti que, a fuerza de cambiarse de casa, habrá habitado casi todos los *sobrados* de la Rua Imperial, ¿cuándo vivió en Recife? ¿Estamos obligados nosotros, a quienes esta historia local no nos es familiar, a conocerla tan bien como Gilberto Freyre? Cuestiones sencillas; pero al acumularse las omisiones de esos datos, desorientan a los historiadores, preocupados por la cronología y preocupados por distinguir de acuerdo con las edades. Y omisiones que a veces conducen al autor mismo a cuasi-confusiones, o por lo menos a razonamientos un poco frágiles.

* * *

En forma parecida, si Gilberto Freyre habla en dos o tres ocasiones de áreas o zonas de civilización, mencionando una zona levantina, otra zona mediterránea —con lo cual él entiende, bajo esa hermosa palabra, a la región de Minas— y una zona paulista, apenas esboza esas áreas, olvidando además todas las otras. Ahora bien, Brasil es un país de

contrastes poderosos, una familia de civilizaciones divergentes mucho más allá de sus similitudes. Su historia es una historia de divergencias y de concordancias. Pero al no marcar esas historias contrastantes, Gilberto Freyre ha quedado más libre para generalizar y para derramar sobre el Brasil entero los colores de su propio Brasil. La historia que nos cuenta es, en una sucesión perfecta, la historia del nordeste de Recife, con sus *Casas Grandes*, sus *sobrados*, sus canales, sus ríos lentos, sus bachilleres románticos, sus estudiantes de la Facultad de Derecho, que van en frac a cantarle “mañanitas” a sus amadas, su cocina, sus gentes mezcladas a lo largo de siglos, sus grandes hombres, sus políticos elocuentes e instruidos de finales del Imperio, su sociedad coherente y fina, su civilización de buena ley.

Pero existen también los otros Brasiles, modelados en forma muy diferente y donde el triángulo colonial, cuando aparece, no se presenta de la misma forma, donde el *sobrado*, cuando hay *sobrado*, no está animado por el mismo tipo de vida ni por los mismos hombres. Una vez más: un detalle arquitectónico no lo es todo en una civilización, y el mismo detalle puede traducirse en una forma diferente, de acuerdo con el conjunto vivo que lo encuadra. Pensemos por ejemplo en ese mundo de aristócratas señoriales y principescos de la Italia del siglo XVI, tal como lo podemos entrever en las *novelle* del dominico Bandello, y en donde Shakespeare encontró, quizá, el núcleo de las tramas de las historias de Romeo y Julieta y de Otelo. Si se quiere, éste también es un mundo de *Casas Grandes* y de *sobrados*. *Casas Grandes*, esos *castelli*, con sus aldeas de campesinos, donde en el verano, tomando el fresco a la sombra de los árboles y cerca de los manantiales, un grupo de personas bien educadas escucha relatos e historias de amor. *Sobrados*, los palacios de Siena, de Milán, de Florencia, llenos de sirvientes, de niños y a veces de esclavos, con sus puertas enormes y sus salas múltiples, decoradas con tapices y con cuadros, donde la señora demasiado tierna, en connivencia con su “ama de llaves”, hace entrar por la noche a su amante en las barbas mismas de su marido. Parecidos, sí, pero parecidos en la superficie. De hecho, no se lleva en esas mansiones italianas la vida que, en la misma época, comienza en las sombrías *Casas Grandes* brasileñas del primer siglo de historia colonial.

Yo lo que creo, y lo que es preciso decir en definitiva, es que los paisajes arquitectónicos no lo son todo en un paisaje urbano. Está también el medio general y está la civilización. Está igualmente el momento histórico. Y me temo que Gilberto Freyre, a pesar de las apariencias, nos haya dado libros demasiado breves, libros en donde la geografía del pasado no ha sido suficientemente presentada, fuera de su nordeste natal. Yo desearía, por lo que a mí respecta, un *prolongamiento horizontal* de su obra, un libro sobre las mansiones señoriales del tiempo del oro en Minas, otro libro sobre las del café, ¿y qué sé yo que más?. Los diferentes Brasiles recomienzan la misma vida, el mismo ciclo social, me responderá él. Sí, pero a su manera y a su hora, de la misma manera en que un individuo retoma la vida del que lo precedió, pero con el acento original que lo distingue. La Lorraine no es, jamás ha sido, la Bourgogne. São Paulo no es, jamás ha sido, Recife o Bahía. Veamos: cuando el libro *Sobrados e Mucambos* termina, el nordeste ya ha pasado el estadio de los *sobrados*; pero São Paulo está todavía en gran parte de sus regiones en la etapa de sus primeras *Casas Grandes*. El libro de Gilberto Freyre lleva

como subtítulo *Decadencia del patriarcado rural*. Pero en la época en que el libro se termina, encontramos en São Paulo todavía al patriarca vigoroso, multiplicándose, en plena y desbordante juventud. Así, lo que es verdad para el norte, es un error para el sur. En resumen, yo pienso que sus libros, que constituyen un estudio regional vivo, vigoroso y original del Brasil norteño, pecan en la medida en que quieren extender demasiado pronto sus argumentos al país entero. ¿No habrían ganado quedándose solamente como estudios regionales? Posición que, ciertamente, no habría eliminado para nada las luces que arrojan con profusión sobre el conjunto de la sociedad brasileña.

* * *

He tomado como pretexto los libros de Gilberto Freyre para señalar el interés que tiene el pasado brasileño, y que jamás había sido esclarecido, hasta donde mis conocimientos alcanzan, con tal calor y con tanta claridad. Habiéndome llevado ese propósito a salirme de sus líneas apretadas, que se me permita una última digresión: los historiadores europeos vemos por fuerza al pasado brasileño de un modo diferente al modo en que lo ven Gilberto Freyre y sus compatriotas. Lo vemos desde otro ángulo que no debe descuidarse, después de todo, y que es el de su historia oceánica, europea y mundial.

Para nosotros los europeos, Brasil es, en primer lugar, una Europa americana, una Europa apoyada sobre ese Mediterráneo moderno que sería el Atlántico y que, compartiendo su vida, a veces más y a veces menos animada, participa de su historia general y de la vida entremezclada de las varias Europas que lo rodean, las antiguas y las nuevas. Es una región bastante más impregnada por Europa que Rusia, ciertamente. Ahora bien, yo encuentro que los historiadores brasileños olvidan, con mucha frecuencia, a ese océano conductor de riquezas, con sus rutas cercanas y sus grandes travesías, y con su vida más o menos animada a lo largo de los siglos. Pues hay momentos en que esta vida interoceánica queda entorpecida, como suspendida, y yo estoy seguro de que mañana, siguiendo el ejemplo de Pirenne, al hablar del encerramiento o de la reapertura del Mediterráneo, habrá que hablar del encerramiento del océano Atlántico. O también, al contrario, de la aceleración de su vida en el siglo XVIII, del progreso urbano de entonces en todo el Nuevo Mundo, o bien de la conquista, por los barcos de vapor, del Atlántico del Sur, que llega con el siglo XIX. Acompasándose con esa vida oceánica más débil o más fuerte, el Brasil, constructor interminable, se vincula más con su inmensidad marina, o por el contrario, se inclina más bien hacia sus profundidades continentales, en una gran cadencia, no la única, sin duda, pero de la cual habrán dependido muchas otras.

Los veleros y los barcos de vapor europeos, también ellos, construyeron al Brasil. Y Brasil, con sus múltiples variantes, sus contrastes profundos y brutales, también ha recomenzado, si se quiere, la historia de Europa, es decir, esa larga historia que comienza con la antigüedad clásica. Escaso de hombres para utilizar en los tiempos coloniales, con sus grandes familias exigentes, sus *gentes*, sus esclavos, sus ciudades parecidas

a la Tebas de Epaminondas o a la Atenas de Solón, ¿no hay allí un fuerte perfume de lo que fue la Antigüedad? Y en un mundo desnudo de superestructuras políticas eficaces, el elemento de base, ¿no ha sido, lógicamente, la familia? Gilberto Freyre ve en la *Casa Grande* la matriz de la familia patriarcal. ¿No es acaso lo contrario, cierto también? Es la familia patriarcal la que construyó esa casa o mansión colonial. Ciudades, familias antiguas, comunas medievales, todo cambia con el siglo XVIII. Y después del enlentecimiento del siglo precedente ¿no se produce aquí una especie de Renacimiento ligado al Atlántico, ligado a Europa y al oro de Minas Gerais?

He aquí en qué direcciones observa el problema, intuitivamente, un historiador europeo, y he aquí también las palabras que tal vez él utilizará para abordarlo. Yo creo en las virtudes del vocabulario. Y el que utiliza Gilberto Freyre ha aportado luces decisivas sobre la historia de su país. Él ha retomado y propuesto ciertas palabras que nosotros hemos repetido con frecuencia, cargándolas y llenándolas de sentido, de historia y de poesía, y más en general de tanta inteligencia que ya no será posible nunca más hablar de Brasil e incluso de América, sin que esos términos nos lleguen de inmediato a los labios.

*Traducción del francés: Carmen Bassols Batalla y
Carlos Antonio Aguirre Rojas*